

# ESPIDO FREIRE

# LA SUERTE ESTÁ ECHADA

UNA AVENTURA EN LAS TIERRAS DEL NORTE



ANAYA

1.ª edición: noviembre 2019

© Del texto: Espido Freire, 2019  
© De las ilustraciones: Álex Fernández Villanueva, 2019  
© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2019  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid  
www.anayainfantilyjuvenil.com  
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN:978-84-698-4809-8  
Depósito legal: M-30048-2019  
Impreso en España - Printed in Spain

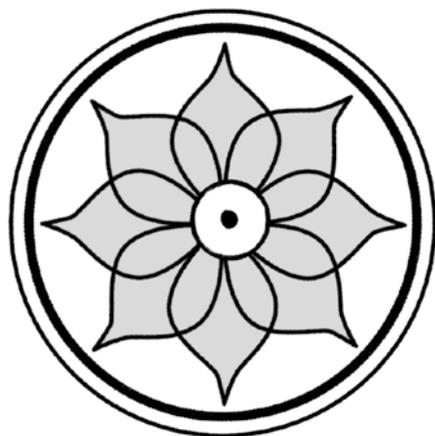


PAPEL DE FIBRA  
CERTIFICADO

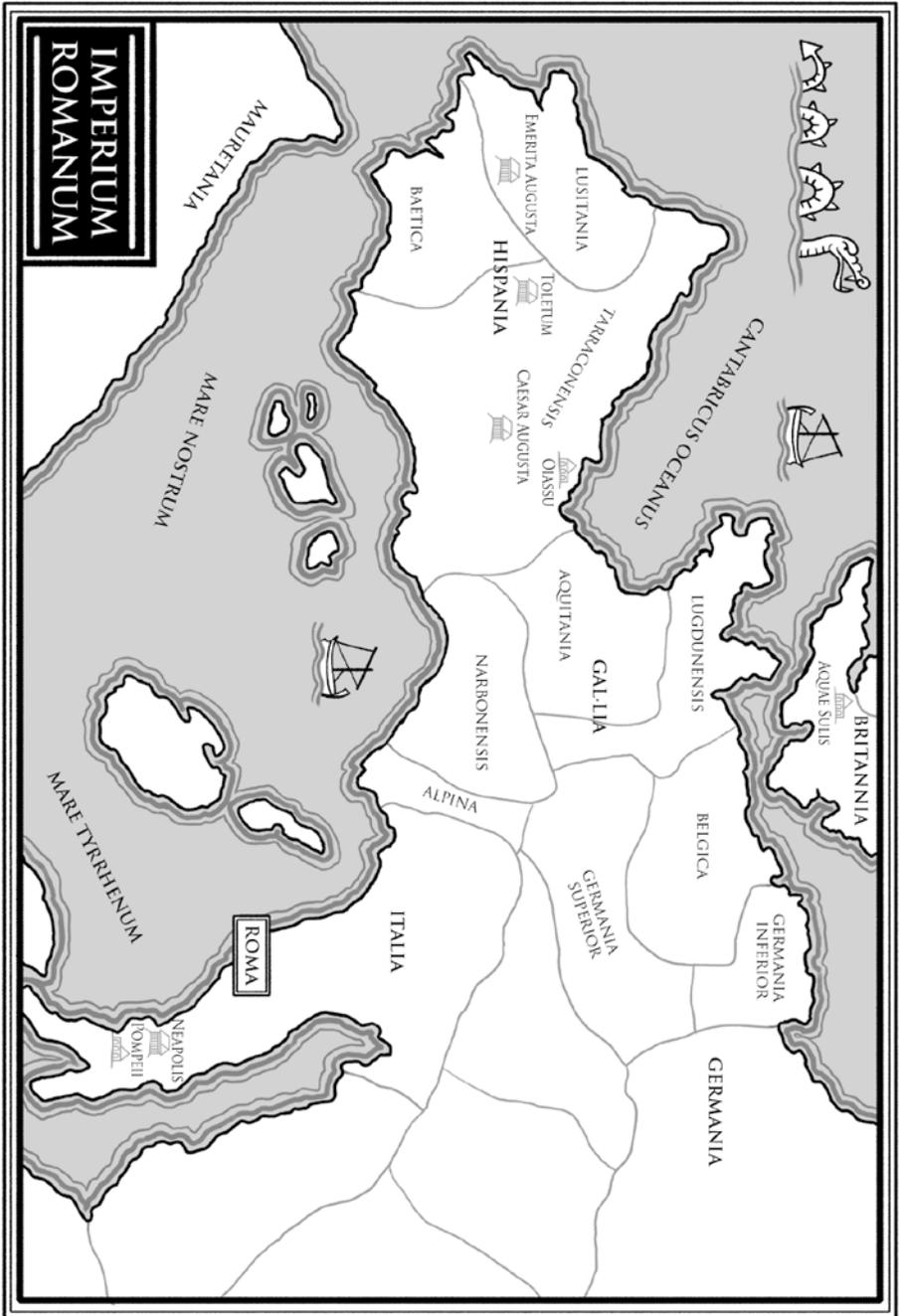
*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

ESPIDO FREIRE  
LA SUERTE  
ESTÁ ECHADA

UNA AVENTURA EN LAS TIERRAS DEL NORTE



ANAYA



*Mapa del Imperio romano en el siglo I d. C.*

## INTRODUCCIÓN

Durante los dos libros anteriores hemos seguido a Marco, a su amigo y esclavo Aselo, a su hermana Junia y a su sabio y amable tío Julio a varios destinos diferentes: desde la Bética, para rescatar a un Aselo víctima de una injusticia que Marco podía y debía remediar, al Mare Nostrum, a solventar un oscuro misterio que involucraba a los cristianos y a una misteriosa copa perdida.

Marco ya no es el niño que se escapaba de las clases para meterse en líos que le venían grandes: desde aquello han pasado ya cuatro años. Nos encontramos al inicio del verano del *79 anno Domini*. Él no lo sabe aún, pero esa fecha será decisiva no solo para él, sino también para todo el Imperio.

Desde *El chico de la flecha*, Marco se ha visto obligado a tomar decisiones y a responsabilizarse de ellas. Si él pensaba que al crecer eso desaparecería, estaba muy equivocado. Claro que ya no le asusta lo que ha vivido, pero frente a las nuevas situaciones, el miedo y la sensación de andar a ciegas resultan casi idénticos.

Enamorarse, por ejemplo, no será tan sencillo como en los poemas de Ovidio o las canciones de moda. Una cosa será escribir versos y otra saber qué hacer con los sentimientos que

unos ojos bonitos despiertan. Y los viajes, que en otros momentos han sido aventuras con un objetivo claro, se convertirán en otro tipo de búsqueda.

Las tierras del norte a las que Marco, Asele y sus amigos deben dirigirse son en este caso las de Britania. Varios emperadores intentaron la conquista de esa isla fría y salvaje, que nunca lograron conquistar del todo: el muro de Adriano, una muralla de más de cien kilómetros de largo, edificado entre 122 y 132, entre Pons Aelius y Maglona (Newcastle upon Tyne y Wigton) marcaba el límite del Imperio romano. Unos años más tarde se elevaría, algo más al norte, el muro de Antonino.

Para los hispanos, romanizados mucho antes, esas tierras eran un sinónimo de la barbarie. Sin embargo, el sur de la isla se encontraba intensamente romanizado. Aquae Sulis, donde transcurre parte de la acción, era un centro de peregrinaje muy conocido, y hay huellas de viajeros continentales que llegaron hasta allí atraídos por la fama de sus aguas.

Por supuesto, comparada con ciudades como Emerita Augusta, o como Caesar Augusta, Aquae Sulis parecía un campamento provisional. La bella ciudad de la Tarraconensis contaba (y cuenta) con avanzadas obras en las que se revelaba todo el talento romano: teatros, termas, alcantarillado, un puerto fluvial espléndido y un foro que despertaba envidias.

Aun así, estas dos ciudades palidecían ante la fama y el brillo de la capital del Imperio: Roma. Muchos jovencitos de buenas familias hispanas se abrieron camino durante aquellos años en la corte de los Césares: desde Séneca (primero el padre y luego el hijo, consejero de Nerón) a Marcial, desde Luciano al gran retórico Quintiliano; el siglo en el que vivió Marco permitió que algunos de los talentos que procedían de

esta excepcional provincia romana llegaron casi hasta lo más alto.

Y decimos «casi» porque debemos aún esperar algunos años hasta que un hispano llegue a ser nombrado emperador: Trajano fue emperador desde el año 98 hasta el 117. Es muy probable que de continuar la historia de Marco, él viviera este largo reinado de un César considerado valiente y justo, y también parte del de Adriano, que fue su sucesor. Adriano estuvo en el poder desde 117 hasta 138, y gozó de una gran reputación. Al que no llegaría a ver de ninguna de las maneras sería a Teodosio El Grande, también hispano, que gobernaría Roma en el siglo iv.

Uno de los privilegios de escribir una historia es que, como autora, puedo viajar en el tiempo y conocer a personajes tan interesantes como Plinio el Joven y su tío, el inclasificable Plinio el Viejo, uno de los seres más complejos, curiosos y polifacéticos de esa época. Si el tío escribió una enciclopedia con las creencias y el saber de la época, a su sobrino le debemos el testimonio directo de uno de los hechos más traumáticos del mundo antiguo: la destrucción de Pompeya y Herculano por el volcán Vesubio. La describe en una carta a su amigo Tácito, muy parecida a las que le manda a su amigo Marco, porque Plinio el Joven adoraba escribir cartas. Tanto que se le considera el inventor de un género nuevo, el de las cartas en apariencia privadas pero pensadas para ser leídas o publicadas.

En la introducción al primer libro reconocía que mi pasión por el mundo romano procede de mi infancia, y de la lectura apasionada, casi hasta aprenderme de memoria, de algunos libros. Entre ellos estaba *Los últimos días de Pompeya*, de Bulwer-Lytton, un britano que escribió una apasionante

novela sobre esa tragedia. El personaje más conmovedor de ese libro es la joven Nydia, una florista ciega que demuestra más valor del que nadie le pediría a una niña; como a Marco en este libro. De manera que no he podido resistirme a hacerle un pequeño homenaje, que descubriréis a lo largo de estas páginas.

Por lo demás, espero que todas las preguntas que en estos años me han hecho los jóvenes lectores queden resueltas en este último libro: qué ocurrirá con Valeria y Marco, aparecerán de nuevo los viejos enemigos, se cumplirán las profecías de la bruja... Otras, como en la vida, no quedarán claras. Esa es una de las lecciones que tendrá que aprender Marco; estoy deseando que lo descubráis en este viaje a las tierras del norte. Porque, lo sepáis o no, la suerte ya está echada...

# PRIMERA PARTE



# 1

—Pero entonces... ¿estamos a salvo o corremos peligro? —surró Aselo.

—No lo sé —respondió Marco, en voz muy baja.

Era la última noche de las *Lemuria*, las celebraciones del mes de mayo en las que las familias recordaban a los muertos, y trataban de reconciliarse con ellos. Durante los cinco días anteriores, la gran *domus*<sup>1</sup> de los Albius, como las de todos sus vecinos, se había limpiado a fondo; los perros, tanto los que montaban guardia con el portero como Leo, el perro de Marco, habían dormido fuera para que no aullaran y no alteraran la paz de los difuntos. Incluso habían encerrado a la gatita de Junia, la hija de la casa, aunque las dos habían protestado enérgicamente. Además, la cocinera se había dedicado durante la última semana a preparar fiambres y a hornear panes y pasteles rellenos para que todos los invitados tuvieran suficiente comida a cualquier hora.

Mientras habían sido pequeños los dos jovencitos, Marco, el chico de la casa, y su esclavo Aselo, casi no habían participado en estas fiestas: sin embargo, aquel año el tío Julio, el

---

<sup>1</sup> Casa.

*pater familiae*<sup>2</sup>, los había incluido como adultos en las celebraciones públicas. Marco ya había cumplido los dieciséis años, y aunque no sabían exactamente qué edad tenía Aselo, calculaban que sería similar. Cuando iban a las termas, los dos se afeitaban casi todas las semanas, lo necesitaran o no. Y sobre todo, después del último viaje que habían llevado a cabo, en el que habían visto el mar y habían escapado de amenazas, de peligros y hasta de unos bandidos, nadie en la casa los consideraba unos chiquillos.

Salvo cuando se comportaban como tales, lo que ocurría bastante a menudo. Cada vez que el tío Julio, concentrado con sus libros o las cuentas en su despacho, escuchaba un alboroto en el atrio<sup>3</sup> meneaba la cabeza, resignado, pero no se molestaba ni en preguntar cuál era la última trastada que había hecho Aselo. El esclavo se había ganado a pulso la fama de revoltoso, y parecía que por mucho que creciera (le sacaba casi una cabeza a Marco, y era más alto que casi todos los hombres de la casa) seguía siendo un animalito inquieto.

—Es un don —decía el viejo Teseo, que había sido durante muchos años el preceptor de la familia—. Eso de que se te ocurran tantas maldades es tu don. No dejes que nadie te lo arrebate.

—Menudo don —se reía Aselo.

—Sí, sí lo es —repetía el preceptor—, porque en esas travesuras nunca buscas hacer daño a nadie. Nosotros vivimos todos los días como si fueran iguales. Tú te encargas de que sean diferentes.

---

<sup>2</sup> Padre de familia, señor o jefe de una casa.

<sup>3</sup> Estancia de la *domus* que consistía en un patio cubierto con una abertura central por la que entraba el agua de lluvia.

—¿Y mi don? ¿Tengo alguno? —había querido saber Marco.

—Sí, claro que sí, amo. Eres bueno, eres tranquilo, eres sereno. Ahora no te parecerán grandes virtudes —añadió, cuando vio la expresión decepcionada del jovencito—, pero dentro de algunos años lo apreciarás en lo que valen.

Teseo había fallecido el invierno anterior, apaciblemente, una mañana de invierno en la que se durmió al sol y ya no despertó. Era muy mayor, se había ido en paz, y toda la casa le había llorado, porque había educado a varias generaciones de niños Albius con paciencia y generosidad. Para Marco, para su hermana Junia e incluso para Aselo, que no tenían padres ni abuelos, había sido alguien más semejante a un familiar que a un maestro. Teseo les enseñó a leer y a escribir, les mostró sus primeras palabras de griego y asignaturas como retórica o aritmética. Pero también les había curado alguna herida cuando se habían caído, mientras les guardaba el secreto ante la nodriza, que hubiera montado un escándalo por una rodilla magullada.

Les había enseñado el nombre de las flores que aparecían en los campos en primavera, en los fértiles alrededores de Emerita Augusta. Se los llevaba con un trozo de pan y otro de queso envueltos en un paño, y los sentaba junto a la ribera del río para que observaran el vuelo de los pájaros y aprendieran a distinguirlos en la distancia. A veces cerraba los ojos y escuchaba los trinos, y se mostraba tan feliz que los dos chicos se sentían tranquilos solo porque su maestro lo estaba, y al cabo de un rato también se contagiaban de esa felicidad.

—Era el mejor preceptor de toda Emerita Augusta —decía Aselo, cuando lo recordaban.

—Y posiblemente también del mundo entero —repetía Marco, con las mismas frases que solían decirle cuando querían ablandarle y salirse con la suya.

—Posiblemente —decían los dos, al unísono, y se sentían más cerca del viejo maestro, y un poco menos tristes.

De manera que aquel año, en las procesiones que recorrían las calles de la ciudad, Marco se había unido a los mayores, con Asele siguiéndole a distancia, y había rezado y quemado pequeñas ofrendas en honor a Teseo. También les había dedicado algunas oraciones a sus padres y a todos sus antepasados, mientras el tío Julio vigilaba que los gestos fueran los correctos.

En esas ocasiones llevaban la cabeza cubierta con una toga o una vestidura similar, y un pequeño recuerdo de sus familias. Algunos recogían tierra del atrio, donde mantenían un altar para los difuntos. Otros apretaban en la mano un pequeño amuleto. Marco se había puesto al cuello una cadena de oro de la que colgaban algunas joyitas de sus padres y una caracola de Teseo.

Las primeras ceremonias públicas de un chico romano eran observadas a escondidas por todos, y de ellas dependían gran parte de la reputación que tendría en un futuro.

—Cuéntame cómo lo ha hecho —preguntaba luego Junia, que, como chica y, aún más, como joven soltera, estaba excluida de la mayoría de las fiestas solemnes.

—Muy bien —aseguraba el tío Julio—, con mucha seguridad y tranquilidad.

Marco casi siempre transmitía esa sensación, aunque muchas veces no fuera lo que sentía en su interior. Pese a que era algo tímido, parecía a gusto en sociedad, en la compañía de otros, y lograba que la gente se sintiera cómoda con él.

Sin embargo, la parte más importante de las fiestas se llevaba a cabo en la intimidad de los hogares, en lo más oscuro de las noches impares, y era una ceremonia completamente diferente a todas las anteriores, porque las *Lemuria*, en realidad, conllevaban noches de miedo y de peligro. Durante esos días, los miembros de la familia y sus clientes ocupaban la casa, comían los manjares preparados con anterioridad y rezaban y pedían por sus difuntos, casi como si fuera otra más de las numerosas fiestas de los romanos; aunque cuando llegaba la oscuridad todo cambiaba y comenzaban las amenazas invisibles. Los días pares el peligro era menor, pero en los tres días impares de las *Lemuria* todas las casas se convertían en lugares peligrosos.

Los pasillos en torno a las habitaciones se llenaban de aire frío, las flores aparecían marchitas por la mañana, e incluso todos tenían la impresión de que amanecía más tarde. Eso se debía a que esos días todos los fantasmas de los parientes que habían muerto podían regresar a la tierra, como si una puerta se abriera para ellos, y si estaban enfadados... Si estaban enfadados o si creían que no se les había tratado con suficiente respeto, se tomaban sus propias venganzas.

Nadie hablaba de esas venganzas, pero casi todos sabían en qué consistían. Mala suerte. Cosas que se extraviaban sin sentido. Dolores de cabeza. Perros y gatos nerviosos. Leche que se cortaba y pan que se enmohecía. Y eso, si tenían buena fortuna. Si el difunto era alguien muy colérico en vida o si tenía un sentido del orgullo muy alto, podía amargar la existencia de sus parientes durante meses, hasta que se sintiera satisfecho.

Para evitar que atrajeran el mal a las casas, esas noches el *pater familiae* tenía que seguir al pie de la letra un ritual: solo podía llevarlo a cabo él, y debía realizarlo en solitario, aunque

nadie prohibía que los demás miraran con disimulo, y por eso los dos chicos estaban en pie, escondidos en una esquina del atrio, en lugar de tapados bajo las mantas en su habitación como otros años, susurrándose historias de terror y de fantasmas.

—Me muero de miedo —decía Asele, cada poco tiempo.

—Ya te he oído. Cállate, por favor.

—¿No podemos marcharnos ya?

—No. Cállate.

—¿Cuándo empieza la ceremonia de verdad?

—Ahora, mira como está ya preparando las habas.

Marco también sentía mucho miedo, pero le había prometido a su tío que montaría guardia, y quería cumplir su palabra. Quien de verdad soportaba el peso de la ceremonia era el tío Julio: él era quien debía levantarse a media noche, a solas, descalzo y sin encender una sola luz, para atraer sobre él toda la atención de los *lemures*<sup>4</sup>. No podía mostrar ni un solo nudo en sus vestiduras, lo que le daba una apariencia extraña, porque su túnica colgaba suelta, como si él mismo fuera un fantasma que arrastrara la ropa.

Una vez que estaba vestido, pero descalzo, comenzaba a caminar por la casa, sin mirar nunca atrás, en una especie de círculo por el patio interior de la casa. Se detenía ante cada puerta y se inclinaba cada vez que pasaba ante el altar de los dioses familiares.

Las casas romanas de las familias parecidas a los Albius eran muy similares: solo se construían en una planta, y tenían

---

<sup>4</sup> Espectros de los difuntos, una especie de versión malvada de los Lares. Estos últimos, junto a los Manes y los Penates, formaban el panteón de los dioses familiares romanos.

uno o dos patios descubiertos alrededor de los cuales se abrían los salones y las habitaciones. Gran parte de la vida se hacía allí, junto al *impluvium*<sup>5</sup>, al aire libre.

Cada vez que había pasado cerca de los chicos, estos se encogían involuntariamente. Una vuelta, otra, otra. El vago-bundeo del tío no parecía tener fin. Y, por nueve veces, había arrojado unas habas negras rituales a sus espaldas mientras susurraba:

—*Haec ego mitto, his redimo meque meosque fabis.*

—Lanzo estas habas... —repetía en voz muy bajita Marco.

—Y con ellas me salvo a mí y a los míos —completaba Asele.

Aunque ellos no los veían, aunque solo podían atisbarlos los sacerdotes y aquellos que estaban involucrados en la ceremonia, los espíritus de los antepasados estaban allí, casi pisando los talones del tío, y recogían las habas que les tiraban. Y era entonces cuando el *pater familiae* se volvía hacia la oscuridad, para enfrentarse a todos los fantasmas. Tenía que mantener la calma, y soportar la tensión, y mirar hacia las tinieblas para comprobar la reacción de los espíritus.

Si no los veía, se habían marchado, satisfechos con la ceremonia y, por un año más, toda la familia estaría a salvo. Pero si veía algo, una sombra con el rabillo del ojo, o una luz, o algo que se moviera..., entonces, ¡quién sabía lo que podía ocurrir!

El tío Julio se detuvo a unos metros de los chicos, y se volvió, con mucha lentitud, sobre sus talones. Entonces escudriñó en las tinieblas y aguardó.

—¿A qué espera?

—No lo sé —dijo Marco.

---

<sup>5</sup> Depósito cuadrado en el *atrium* donde se recogía el agua de lluvia.

—¿Estará viendo algo?

Marco solo podía pensar en que en algunos años más él sería el responsable de mirar cara a cara a los fantasmas, y que antes de enfrentarse a ello prefería irse como voluntario a la Germania. Sentía las manos sudorosas y la boca seca, y el corazón le saltaba en la garganta, como antes de un gran peligro. El tío Julio agitó un brazo y luego el otro. Entonces, comenzó a dar vueltas sobre sí mismo, y por un momento terrible Marco pensó que se había vuelto loco.

—¿Qué hace?

A Marco le pareció que veía no una, sino muchas sombras agazapadas junto al atrio. Entonces, una mano cayó sobre su hombro y, sin poder remediarlo, soltó un alarido.

—Tranquilo, Marco, solo es una broma.

El tío se reía sin mostrar el menor temor ante los lemures, y golpeó el brazo de Marco dos o tres veces, como si fuera un juego que le hiciera mucha gracia.

—No te habrás tomado en serio este ritual, ¿verdad?

Asele los miraba con la boca abierta.

—¿Cómo no nos lo íbamos a tomar en serio?

—La verdad es que sí —reconoció Marco—. Muy en serio.

El tío Julio comenzó a reírse otra vez, mientras Marco se sentía como si de nuevo fuera un niño pequeño y todo lo conseguido con su responsabilidad y su madurez en los últimos meses se esfumara.

—No, no. Creí que te había enseñado mejor. ¿Estás asustado de verdad?

—Un poco.

—Entonces —dijo el tío, anudando un cinturón en torno a su túnica— será mejor que te vayas a la cama. Mañana hablaremos con calma.

—Buenas noches, amo.

—Buenas noches, Asele.

Los chicos caminaron en silencio hasta su habitación. Entonces, Asele preguntó.

—Pero entonces... ¿estamos a salvo o corremos peligro?  
—susurró Asele.

—No lo sé —respondió Marco, en voz muy baja—. La verdad es que no lo sé.



Marco es un chico como cualquier otro que podríamos encontrar hoy en día: inteligente, sensible, con muchas cualidades y también muchos miedos. Con doce años, se encuentra en esa edad en la que la vida cambia para siempre; en la que deja atrás al niño sin responsabilidades y comienza a dar pasos en el camino de los adultos. Su historia y sus preocupaciones podrían ser las de cualquier otro adolescente, y sus errores, muy parecidos.

La única diferencia es que Marco vive en el siglo I d. C. en Emerita Augusta, la actual Mérida, una ciudad de la Hispania romana donde conviven ciudadanos libres con esclavos, donde las mujeres se encuentran tuteladas por sus familiares, y donde la sociedad, aunque sofisticada, disfruta de entretenimientos violentos.

Marco, junto con su amigo Aselo, se equivocará, aprenderá a pedir ayuda y, en definitiva, hará lo que cualquier otro chico de su edad: crecer.



Ha pasado un año desde que Marco fue conocido como «el chico de la flecha», y en ese tiempo han cambiado muchas cosas: para él y para su hermana se acerca la edad en la que deben prometerse en matrimonio. Por otro lado, alguien del pasado del tío Julio manda una misteriosa petición de ayuda que les llevará hasta la costa del Mare Nostrum, donde Marco y su tío pondrán a prueba su valor y su integridad.

De la mano de Espido Freire, volvemos a viajar a la Hispania del siglo I d. C. y asistiremos a los juegos del circo, entraremos a las termas, veremos de primera mano cómo era la vida cotidiana en la Hispania romana, los comienzos del cristianismo y descubriremos los peligros de adentrarse en lo desconocido. Marco conocerá una región completamente distinta a la suya, el Mediterráneo, sus tierras y costumbres, y una manera de vida que nada tiene que ver con la que él lleva en Emerita Augusta.

**M**arco ya no es el niño que se escapaba de las clases para meterse en líos. Desde el suceso por el que se ganó el apodo de «el chico de la flecha» han pasado cuatro años; en este tiempo se ha visto obligado a tomar decisiones y a responsabilizarse de ellas. Y si pensaba que al crecer eso desaparecería, estaba muy equivocado. Claro que ya no le asusta lo que ha vivido, pero frente a las nuevas situaciones, el miedo y la sensación de andar a ciegas resultan casi idénticos. No está solo ante sus nuevos retos, siempre puede contar con Aselo, su amigo y esclavo. No así con su hermana Junia, que está a punto de casarse y trasladarse junto a su nueva familia a Caesar Augusta. Un momento de dicha para todos que se verá empañado por las malas artes de alguien que parece envidiar la buena fortuna de los Albius y por los problemas de salud del tío Julio.

1525233

ISBN 978-84-698-4809-8



9 788469 848098



**ANAYA**

[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)